

 <p>Pamplona - Iruña</p> <p>Centro Loyola</p>	<p style="text-align: center;">DOMINGO IV DE ADVIENTO - CICLO C</p> <p style="text-align: center;">Por José Enrique Ruiz de Galarreta, sj</p>
--	---

TEXTOS

DE LA PROFECÍA DE MIQUEAS (5,1-4)

Esto dice el Señor:

Mas tú, Belén Efratá, pequeña entre las aldeas de Judá,
de ti saldrá el jefe de Israel.

Su origen es desde antiguo, de tiempo inmemorial.

Por eso él los abandonará hasta el tiempo
en que dé a luz la que ha de dar a luz.

Entonces el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel.

El se alzará y pastoreará con el poder de Yahveh,
con la majestad del nombre de Yahveh su Dios.

Habitarán tranquilos, porque se mostrará grande hasta los confines de la tierra.

El será nuestra Paz.

DE LA CARTA A LOS HEBREOS (10,5-10)

Cuando Cristo entró en el mundo dijo:

No quieres sacrificios ni ofrendas;
pero me has formado un cuerpo.

No aceptas holocaustos ni sacrificios por el pecado.

Entonces dije:

¡Aquí estoy, Oh Dios, para hacer tu voluntad!

Dice primero: No quieres ni te agradan sacrificios y oblaciones y holocaustos y sacrificios por el pecado - cosas todas ofrecidas conforme a la Ley -

Después añade: Aquí estoy yo ahora para hacer tu voluntad.

Niega lo primero para afirmar lo segundo. Y en virtud de esta voluntad somos santificados, por la oblación del cuerpo de Jesucristo, de una vez para siempre.

DEL EVANGELIO DE LUCAS (1,39-45)

En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo; y exclamando con gran voz, dijo: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. Dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá."

TEMAS Y CONTEXTOS

LA PROFECÍA DE MIQUEAS

RESUMEN: El Rey Salvador no va a ser un rey como David, aunque Miqueas aún no lo sabe. Por eso Jesús será una Buena Noticia, una novedad estupenda.

Miqueas predica en el Reino del sur, Judá, en torno al año 721 a.C., y es contemporáneo de Oseas y de Isaías. Son los tiempos en que va a desaparecer el Reino del Norte, Israel, a manos de los asirios (721 a.C.), tiempos en que la predicación se hace muy radical, avisando a Judá de que su mal comportamiento le puede acarrear la misma suerte.

En medio de las predicaciones de Miqueas aparece el texto que hoy leemos. Anuncia el nacimiento de un salvador, y su procedencia, la estirpe de David. Es una manifestación de la esperanza mesiánica del pueblo: nacerá un salvador de la estirpe de David. (Lo que viene a significar, depurando el mensaje, "un nuevo David", un conductor del pueblo que lo conducirá por los caminos del Señor.)

Así pues "la estirpe de David" significa "un nuevo rey-salvador", y "Belén Efratá" es un circunloquio para denominar a esa estirpe, puesto que la familia de David procedía de Belén.

Este texto es interpretado en el Nuevo Testamento como aplicado a Jesús (en Mateo 2,6 expresamente y en Juan 7,42). Se muestra en esas citas la creencia extendida en Israel en tiempos de Jesús sobre la procedencia del Mesías, y también la interpretación al pie de la letra de la "profecía".

LA CARTA A LOS HEBREOS

RESUMEN: Dios no quiere sacrificios ni oblationes, ni siquiera la muerte sangrienta de Jesús. Su oblación fue su vida entera, entregada al Reino. Y así ha de ser la nuestra.

La teología de esta carta, que nos resulta tan lejana a veces, se esfuerza en presentar a Jesús utilizando imágenes del culto de la Antigua Ley (el Sumo Sacerdote, el Sacrificio ...). Aquí se aprovecha una cita del salmo 40, acomodándola un poco, para referirla a Jesús.

Se presenta a Jesús como superación de los sacrificios del Antiguo testamento, como ofrenda definitiva ante la cual todas las anteriores quedan derogadas.

El "sacrificio" que es Jesús no se refiere en este texto a su muerte, sino a su vida entera, entregada a hacer la voluntad de Dios. Ésa es la ofrenda agradable al Señor.

Esta teología del sacrificio, tan utilizada, tiene un grave peligro: entender que Dios necesita ser aplacado con sangre (¡con la sangre de su Hijo!), que sólo va a conceder su perdón "ablandado" por el sacrificio de su hijo. Desgraciadamente, esta interpretación extremosa se ha utilizado con frecuencia, falseando de modo patético la imagen de Dios. Por no insistir en el tema, que ya conocemos, baste con recordar que es el Padre el que salva, el que es Abbá. Porque es Abbá y salva "no escatima ni siquiera su propio Hijo" (Romanos 8). Una teología sanamente derivada del Evangelio entenderá siempre a Dios

como el padre del Hijo Pródigo, no como al Todopoderoso indignado que se aplaca con el olor de la sangre de los sacrificios.

Nuestra lectura de estos textos debe insistir por tanto en que en Jesús, en su "cuerpo", es decir en su humanidad, en su entrega a la misión hasta la muerte, es donde vemos la voluntad salvadora de Dios. En Jesús conocemos al Padre, viendo a Jesús entendemos a Dios como Salvador.

EL EVANGELIO DE LUCAS

RESUMEN: Jesús, obra del Espíritu. Isabel lo reconoce, lo siente hasta su niño, encerrado en su vientre, que será el pregonero de Jesús.

En estos domingos hemos leído fragmentos del evangelio de Lucas, pero "al revés", empezando por el capítulo 3º (la predicación del Bautista) para retroceder ahora al capítulo 1º, en que el Bautista (y Jesús) están aún en el seno de su madre.

Lucas ha construido el principio de su evangelio como un anuncio del Mesías, haciendo un paralelismo sistemático entre Juan y Jesús: el capítulo 1º se dedica a la concepción y nacimiento del Precursor; el capítulo 2º a la concepción y nacimiento de Jesús. El capítulo 3º, en su primera parte, a la predicación del precursor; en su segunda parte, presenta a Jesús, señalado por el Bautista como "el que ha de venir". Así, Juan, desde el seno de su madre y en su predicación, es el Profeta enviado por Dios para "preparar el camino".

Nuestra liturgia ha invertido el esquema de Lucas: en los domingos anteriores vimos la predicación de Juan, y ahora retrocedemos a tiempos en que Juan y Jesús están en el vientre de sus madres. Esto se hace sin duda para preparar inmediatamente el acontecimiento del nacimiento de Jesús, puesto que la escena que leemos sucede nueve meses antes de él.

La clave de interpretación de estos textos nos la da la mención expresa y repetida de "El Espíritu Santo". Aquí es Isabel la que, llena del Espíritu, reconoce quién es la que le visita y quién es el que está ya en el seno de María.

Es la intención común de Lucas y Mateo con sus evangelios de la infancia: Jesús es "fruto del Espíritu". Primero en Juan Bautista como Precursor y luego en Jesús como Mesías, se está realizando la Obra de Salvación de Dios. Los ojos de carne no ven más que dos mujeres embarazadas, como más tarde en Belén sólo verán un niño pobre recién nacido; los ojos de la fe, por la fuerza del Espíritu, reconocen ahí la presencia de Dios Salvador.

REFLEXIÓN

En el último Domingo de Adviento, la Iglesia centra su atención, más que en las ideas de "la venida del Señor", en "El que viene". El que viene es Jesús, y el anuncio más inmediato de la venida se hace en el Evangelio de Lucas que leemos hoy: María está embarazada y su pariente Isabel es la primera "mensajera" humana del que va a nacer. Isabel proclama ya quién es el niño que aún está en el vientre de María, y para reconocerlo apela a la fe:

hay que saber quién es este niño, que para los ojos normales será un niño normal y para los ojos de la fe será "El Señor". Todo esto se introduce con el bello texto de Miqueas y se interpreta en el texto de la carta a los Hebreos.

Las palabras que pone Lucas en boca de Isabel forman parte, junto con las palabras del ángel en la Anunciación, de nuestra más bella oración a María: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre". Y las últimas palabras de la escena resumen extraordinariamente bien un eje esencial de nuestra fe:

*"Dichosa tú que has creído
porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá"*

Estas palabras nos centran en lo esencial de nuestra preparación de la Navidad: tiempo de creer, de intensificar nuestra fe en Jesús, en Dios Salvador.

Nuestra formación cristiana forma parte tan indisoluble de nuestra educación, está tan insertada en nuestra cultura, que no pocas veces conocemos mucho a Jesús, pero quizá no creemos tanto en Él. Y nuestra celebración de la Navidad tiene más de fiesta de cumpleaños que de misterio de fe. Pero lo que tenemos que celebrar es extraordinariamente profundo, extraordinariamente revolucionario: creemos que en ese que ahora nace conocemos a Dios, y que ese Dios conocido en Jesús es completamente distinto, y muchísimo mejor de lo que creíamos antes de conocer a Jesús. El nacimiento de Jesús es una gran noticia porque Jesús es una gran Noticia, porque el Dios que hemos conocido viendo a Jesús es una estupenda noticia.

Navidad es celebrar que creemos en Jesús. No es nada fácil creer en un hombre. Y ése es el desafío que se nos ofrece, creer en ese hombre, tan hombre que vemos cómo su madre lo da a luz, cómo depende tan radicalmente de "sus padres", como les llamará Lucas (2,41), cómo crece y aprende. Será aún más difícil cuando lo veamos aterrado ante la inminencia de la Pasión y orando a Dios desde el más profundo sentimiento de abandono, justo antes de morir.

Fue el desafío de sus contemporáneos, el dilema que presenta el cuarto evangelio en el capítulo 6, cuando Jesús invita a que le reconozcan como "el Pan bajado del cielo", y todos murmuran "¿Quién se cree éste que es?, ¿es que no conocemos a su madre, a sus hermanos? ¿Cómo dice que "ha bajado del cielo"?". Y desde entonces muchos, incluso de sus discípulos, ya no andaban con Él. Jesús mismo, en la misma ocasión, se encarga de agudizar el dilema: "Vuestros padres comieron el maná en el desierto, pero murieron. No es Moisés el que os dio pan del cielo, es mi Padre el que os da ahora el Pan del Cielo".

Creer en Jesús. Reconocer a Dios en Jesús. Un acto supremo de confianza: todo lo que necesitamos "ver" de Dios, en Jesús lo vemos. "El que me ve a mí, ya ha visto a mi Padre". Ver, ver con los ojos del cuerpo, los que no ven más que cuerpos. A Dios nadie le ha visto jamás (Juan 1, 18). Lo vemos, lo vemos con los ojos, en Jesús.

Así, cuando decimos que Dios es "médico", lo decimos porque Jesús se dedica a curar. Cuando decimos que Dios es "compasivo", lo decimos porque vemos a Jesús emocionarse ante las desgracias de cualquiera. Y cuando queremos saber qué clase de "juez" es Dios, nos vamos a Juan 8, el episodio de la mujer adúltera, y vemos la clase de juez que es Jesús, que se juega la vida por poder perdonar a un culpable.

Navidad celebra por tanto esa maravilla: en un ser de carne y hueso como nosotros, al que "vemos" nacer, conocemos cómo es Dios: y el Dios que conocemos es maravilloso. Esto sí que es una buena noticia: las dos cosas, que podemos "ver" cómo es Dios, y que el Dios que vemos es maravilloso.

PARA NUESTRA ORACIÓN

Jesús, fruto del vientre de María, que acabará su vida mortal crucificado. La gestación de Jesús y su muerte en la cruz son los dos testimonios fundamentales en los que vemos que es "verdadero hombre". Y nuestra fe descubre qué hay "dentro" de ese hombre, para que podamos creer en él. Esta es la piedra de toque, la prueba de fuego de un cristiano: creer en *ese hombre*, no creer de Dios más que lo que se ve en *ese hombre*.

Navidad se convierte así en una gran prueba para la fe y en una gran fiesta de la fe. Es muy fuerte tener que creer en ese niño. Será más fuerte aún tener que seguir creyendo en él viéndole cómo muere. La fe en Él nos hará "ver" en el niño del pesebre y en el hombre de la cruz, de qué es capaz Dios por nosotros. Lo que estamos viendo con los ojos de la fe es Dios entregado, como subraya la carta a los Hebreos: en la entrega de Jesús reconocemos de qué es capaz el corazón de Dios. Vulgarizando al máximo el lenguaje, diríamos que Jesús es así porque es hijo de su padre, porque se parece a su padre. Con palabras de mayor teología decimos que es "el hombre lleno del Espíritu", que "en él reside plenamente la divinidad"

No pocas veces encontramos expresiones como ésta: "En Jesús, estamos salvados". Volvemos a vulgarizar el lenguaje y lo explicamos así: hemos sido acusados y temblamos ante un juicio quizá injusto, seguramente severo. Entramos en la sala, vemos quién es el juez y decimos: "¡Estamos salvados!". Algo así nos pasa con Jesús. Miramos cómo es, lo que hace, lo que dice, nos damos cuenta de que Dios es así y... ¡estamos salvados!

Dios salvador es una expresión repetida en todo el AT. Los Profetas lo han proclamado así innumerables veces. Pero, como casi siempre, todas las profecías se quedan cortas ante el cumplimiento superabundante que es Jesús. No podemos resistirnos a mencionar aquí uno de los pasajes más bellos de Isaías, anunciando a Dios Salvador:

Qué hermosos son, sobre los montes,
los pies del mensajero que anuncia la paz,
que trae la buena noticia,
que anuncia la salvación,
que dice a Sión: "ya reina tu Dios".

....

Prorrumpid a una en gritos de júbilo,
soledades de Jerusalén,
porque ha consolado Yahvé a su pueblo,
ha liberado a Jerusalén.
Ha mostrado su increíble poder a las naciones,
y todos los confines de la tierra han visto
la salvación de nuestro Dios.

Y nosotros, que leemos esta profecía ya cumplida, entendemos que "los pies el mensajero" son una bella metáfora de Jesús de carne y hueso, que ahora, con Jesús empieza el Reino de Dios, los últimos tiempos, cuando hemos visto el rostro de Dios definitivamente, que todo esto es una hazaña del poder de Dios, que Jesús es obra del Espíritu poderoso de Dios, y que en Él podemos decir que "hemos visto" a Dios Salvador.

ORACIÓN

Creo que hoy podemos recitar, dándole todo su sentido, el cántico de Zacarías, el padre del Bautista, que es un resumen precioso de la fe en Jesús.

*Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
porque ha visitado, ha rescatado a su pueblo,
suscitando entre nosotros la fuerza de la Salvación,
en la casa de Israel, su servidor,
como lo había prometido desde antiguo
por boca de sus santos profetas.*

*Es la Salvación, que nos libra de nuestros enemigos,
para que le sirvamos sin temor, en su presencia,
en santidad y justicia,
todos los días de nuestra vida.*

*Y a ti, niño, te llamarán "Profeta del Altísimo"
porque caminarás delante del Señor
preparándole el camino,
anunciando al pueblo la salvación,
el perdón de los pecados.*

*Por la entrañable misericordia de nuestro Dios
nos visitará el Sol que sale de lo Alto,
para iluminar a los que viven en tinieblas de muerte,
para guiar nuestros pasos por el camino de la paz.*

ALGUNAS LECTURAS Y TEXTOS PARA PREPARAR UN POCO LA NAVIDAD

TEXTO 1

LA SEÑAL

Tenían razón los sacerdotes, los letrados, los santos fariseos, cuando le exigían a Jesús una señal. ¿Qué señal nos das para que podamos creer en ti? No eres más que un carpinterillo de pueblo que se ha lanzado a predicar novedades: ¿en nombre de quién, con qué autoridad, qué señal das de ti mismo, por qué tenemos que creerte?

Una señal debería ser convincente, irrefutable: una luz prodigiosa caída de los cielos, una curación asombrosa, un enemigo fulminado por un rayo celeste... Los judíos pedían señales, ese tipo de señales y las siguieron pidiendo hasta la cruz: “baja de la cruz y creeremos en ti”.

Pero la señal ya estaba dada. No a Herodes, no al templo, no al Sanedrín, no a los doctores. A cuatro pastores soñolientos. Nada más. A un matrimonio desamparado. Nada más. Una señal del cielo. Ya está usted pensando en el coro de los ángeles cantando el “Gloria a Dios en las alturas” en medio de resplandores. No, lea usted otra vez el evangelio de hoy, ésa no era la señal. La señal era mejor: un niño pobre, nacido en una cuadra, amparado sólo por sus padres, en mitad de la noche. Ésa era la señal, la señal de que podíamos tener esperanza, de que el pueblo acababa de recibir lo que necesitaba de parte de Dios.

Cualquier cosa puede ser una señal para el que la entiende; para el que no la entiende, no significa nada. Los que hemos creído en Jesús entendemos la señal. Los que no entienden esta señal, es que no han creído en Jesús.

El mismo Jesús volvió a dar otra vez, más claramente, cuando ya era un adulto y predicaba en las sinagogas: Juan le ha mandado a unos discípulos: “¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro?”. Y Jesús: “Los cojos andan, los ciegos ven, la Buena Noticia se ofrece a los pobres... Id a decírselo a Juan”. Juan entendió, seguro que entendió.

Ésta era y sigue siendo la señal de Jesús: un niño pobre sin más amparo que sus padres pobres. Cuatro pastores, bastos, incultos, despreciados. Ciegos, tullidos y leprosos que se libran de su maldición. Pecadores invitados a compartir la mesa del Profeta. Esa es la señal, una buena señal

Y más aún: doctores acusando de herejía, santísimos y respetados fariseos escandalizados, sacerdotes al acecho del revolucionario... ¡qué buena señal!

Y todavía hay más: el Templo amenazado de destrucción, purificado de mercadeos, utilizado impunemente para enseñar la nueva doctrina. ¡Estupenda señal!

Las señales de Jesús, tan poderosas que le costaron la vida. Los que mejor entendieron las señales de Jesús fueron los sacerdotes: se dieron cuenta inmediatamente de que la

cosa estaba entre Jesús y ellos; uno u otros tenían que morir. Y decidieron matar, porque habían entendido perfectamente la señal: que Dios es de los pobres y para los pobres, que a Dios le entienden los pobres y se entiende desde los pobres. Los pobres, la mayoría de la gente del mundo, los que no tienen el corazón en el dinero porque no tienen dinero y saben que nunca lo tendrán. Ni los ricos ni los santos ni los sacerdotes ni los doctores entienden ni reciben a Jesús. Las señales de Jesús les llevan a identificarlo con el mismísimo demonio. La luz resplandece en las tinieblas, pero las tinieblas se cierran, como un espeso muro de brea impenetrable que pretende trabarse, absorber, matar la luz.

La señal: un niño pobre que nace en circunstancias bien precarias: que Jesús nazca así es una magnífica señal. Jesús nace “con buen pie”. Si hubiera nacido en Jerusalén, junto al Templo, hijo de sacerdotes o de reyes, todos podríamos decir: “más de lo mismo”, Dios presente en el poder, en lo sagrado, en lo ritual, de arriba abajo, entre inciensos y aclamaciones de los de siempre... más de lo mismo. Pero Jesús no es más de lo mismo.

No les falta razón a los que atacan y desenmascaran a las religiones como instrumentos de poder, al servicio de los instalados de la sociedad, bajo capa de un Poder superior que les avala y exige sumisión de la gente normal. No les falta razón, pero Jesús es al revés. Jesús es buena gente del pueblo, como tantos, carpintero/albañil como su padre, aldeano de un poblacho marginal: se pasa la vida apretujado por las buenas gentes de las aldeas del lago, evitando la orgullosa Tiberias: no es doctor, no es de la secta de los santos, no es esenio separado y puro. Es sanador popular, narrador ambulante de parábolas tan comprensibles que los sabios no las entienden. ¡Qué buena señal! Por fin, alguien se ha atrevido a quitarles Dios a los ricos, los puros, los sagrados, y devolvérselo a la gente, para que no sea poder sino medicina, para que no necesite alimentarse de oros inciensos y mirras sino que se haga pan para que todos coman... Por esa señal, por eso creemos en Jesús.

Y por eso no pocas veces nuestra iglesia no resulta creíble. Porque quizá hemos vuelto a encerrar a Dios en un templo de oro. Porque quizá hemos vuelto a hablar de Dios tan sabiamente que la gente ni nos entiende ni les importa nada, porque hemos vuelto a atar a Dios al trono de joyas de lo sagrado, porque los importantes de la iglesia no son pobres, - hasta tal punto que consideramos un gran avance hacer una “opción preferencial por los pobres”... nosotros, la iglesia, los que nos somos pobres - .

Una buena señal, y una mala señal: la buena, que a Jesús le recibió con alegría y con entusiasmo la gente normal, pobre y despreciada, “esos malditos que no conocen la Ley”, y lo mató la gente bien, los sacerdotes, los ricos, los sabios, los puros: una buena, muy buena señal. Y una mala señal: históricamente, los importantes de la iglesia son las clases altas, occidente burgués, teólogos de salón, y han quedado en el margen, o fuera, o muy lejos, masas obreras, despreciados campesinos del altiplano... que vuelven a ser a los ojos de los importantes “esos malditos que no conocen la Ley”.

Nuestra celebración de la Noche Buena será una señal: será una muy buena señal si en esa noche no hay en nuestro entorno ningún hambriento sin socorrer, ningún enfermo sin atender, ningún preso sin visitar, ningún solitario sin acompañar... Si la iglesia es universal, si estamos en todas partes, esto debería pasar en todas partes del mundo. Sería La Señal.

Nochebuena será una mala, muy mala señal si nos encerramos en la celebración familiar cenando bien, sólo con los amigos – porque no nos van a pedir nada – mirándonos al ombligo de nuestro propio bienestar sin más. Y peor todavía si hemos puesto un belén como adorno, con pastores monísimos y una luz azul en el portal para que se vea bien que no nos importa nada que el niño y sus padres sean pobres y están en apuros. Y peor todavía si luego nos vamos a la misa del gallo a ver a Dios entre resplandores, inciensos y coros celestiales. Muy mala señal: señal de que para nosotros Jesús, un niño pobre nacido para los pobres, no es nuestro Dios, que no hemos entendido, o no queremos entender LA SEÑAL.

TEXTO 2

TODOS EL MUNDO SONRÍE

Navidad, Navidad, dulce Navidad, suene el pandero, suene el rabel, noche de paz, ¡qué alegría en la tierra, qué bella aurora!

El niño Jesús es una preciosidad, rubio y nacarado, con melenita y ojos azules; sus manitas se levantan en gesto de bendición.

María, José y los pastores son guapos y están limpios. La túnica de María es azul y rosa: la de José, ocre y añil. Los pastores visten sus trajes típicos y sonrían.

Y arriba, los ángeles cantan, ¡gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz!

Todo precioso, conveniente, resplandeciente como corresponde a la Divinidad. Creo que nos gusta el portal de Belén entre otras cosas, quizá sobre todo, porque el niño, como todos los niños, es inofensivo. Sólo sirve para la ternura y no amenaza a nada, no compromete gran cosa.

Nos han acostumbrado a leer los evangelios de la infancia, de Mateo y Lucas, como evangelios de paz y de ternura. ¿Quiere usted hacer la prueba de leerlos con ojos limpios, sin nada previo? Son importantes: se trata del Nacimiento del Mesías.

El Mesías nace mal, de manera inconveniente. Sus padres no son nadie: vienen de un pueblo de Galilea que nadie conoce: mala patria para un profeta, Galilea de los gentiles. Son artesanos pobres, sin cualificación ninguna. Su madre se tiene que poner en viaje en vísperas de dar a luz: se alojan en Belén de mala manera, a María le llega su hora y tienen que bajarse a la cuadra para tener un poco de intimidad. Del nacimiento del Mesías sólo se enteran una cuadrilla de pastores, marginales mal vistos por la gente decente.

En cuanto nace, se desata la violencia. Herodes desencadena una matanza y los tres se convierten en exiliados. Cuando la cosa se calma un poco, regresan y desaparecen en su olvidada aldea galilea: empiezan los años oscuros: no ha pasado nada: ¿ha nacido alguien importante para Israel?

Quizá el que mejor lo vio fue Lucas, y lo cuenta muy bien en la escena de la presentación del niño en el Templo. No aparece ningún sacerdote, ningún reconocimiento oficial, ningún signo celeste... aparecen dos ancianos a punto de morir, “que esperaban” - ¿sólo ellos en mitad del Templo? – al salvador. Y Simeón se viste de profeta y anuncia: que el Niño no es para Israel sino para todos los pueblos; que en Israel será rechazado por muchos; que será más que todo una espada; que esa espada se clavará también en el corazón de su madre.

A veces me parece que el único villancico acertado es aquel que dice: “Todo el mundo sonríe, sólo Dios llora”. Porque los evangelios de la infancia se parecen muchísimo a los relatos de la Pasión: todo el mundo esperaba a otro Mesías: un jefe victorioso, un libertador político, un conquistador, para gloria de su pueblo... Y se encontraron con un crucificado, rechazado por casi todos, humillado, vencido y desacreditado. Y es que nació ya así: olvidado por todos, pobre, marginal, perseguido, exiliado, desconocido. Pero ahí estaba Dios: en la cruz y en el pesebre: en las tinieblas del Calvario y en la noche de Belén.

Las consecuencias de todo esto son bastante evidentes, pero no las solemos sacar bien. Solemos hablar de humildad, de sacrificio redentor... y está bien sin duda: pero hay algo mucho más importante: la esencia de la religión: Dios no está en el éxito ni en el oro, ni el trono, ni siquiera en el templo como tal. Dios no trabaja desde arriba, con poder de imposición, con éxito de propaganda, con desfiles triunfales, con popularidad ante poderosos, con reconocimientos oficiales, con amigos ricos, con apariciones estelares. Dios está debajo, dentro, en silencio, como una semilla que muere para dar fruto, para ser luego molida para ser pan, para que todos se alimenten. Como un modesto pellizco de levadura, desapercibida en la masa, que la fermenta desde dentro, en silencio, como si nada sucediese. Dios tiene pocos amigos entre los poderosos, pero es una Buena Noticia para la gente sencilla, para marginales, para los poco importantes.

Jesús fue fiel a su nacimiento hasta la muerte. Evidentemente, el niño no elige su modo de nacer ni sus circunstancias; en nuestro caso, ni siquiera sus padres parece que pudieron elegir. Pero el niño crece y puede elegir. Y Jesús eligió marginalidad, sencillez, alejarse del éxito político y social, alejarse del mesianismo triunfante. Eligió a sus colaboradores: ningún sacerdote, ningún sabio escriba, ningún rico, ningún importante de este mundo. Eligió a sus amigos: pescadores, campesinos, mujeres – con lo mal visto que era entonces (y quizá para algunos también ahora) – publicanos... Y se pasó la vida hablando de Buenas Noticias – que eran malísimas para los santos fariseos, los sabios escribas y los poderosos sacerdotes - y curando todo lo que podía,

TEXTO 3

PORQUE DIOS ESTABA CON ÉL

Todo eso terminó por llevarle a la cruz, pero había empezado ya en la cuadra de Belén. Y hoy, al celebrar la Navidad en esta iglesia nuestra del 2023, vuelvo a sentir la letra del villancico como una inquieta llamada: "Todo el mundo sonrío" ¿Quién sonrío? ¿Los que vivimos bien? ¿Los que tenemos salud, dinero y amor y encima nos creemos "en el Reino"? "Sólo Dios llora". ¿Quiénes lloran? ¡Ah!, esto sí que es fácil de contestar: millones y millones de personas que no pueden vivir con la dignidad de hijos de Dios, para los que una Buena Noticia sería simplemente estar seguros de que hoy comerán, de que hoy nadie les matará ni les comprará para dedicarlos a la prostitución, o, más elementalmente, que alguien les quiere...

Nochebuena, noche buena... ¿para quién? ¿Será verdad que todo el mundo, todo mi mundo, sonrío, sin darse cuenta de que Dios llora?

TEXTO 4

UN RECUERDO HISTÓRICO

El cuarto domingo de adviento de 1511 marcó un hito espectacular la conciencia moral de España respecto a "las Américas" recién descubiertas. Subió al púlpito un predicador dominico, Fray Antonio de Montesinos, y en Anunció que su sermón versaría sobre el versículo del capítulo III del Evangelio de san Mateo: «Soy una voz que clama en el desierto.»

Un predicador dominico era todavía una novedad en Santo Domingo, de manera que aquel día la iglesia se llenó de colonos, entre los que figuraban algunos veteranos que estuvieron en la isla con Cristóbal Colón, otros que llegaron con Ovando y otros con Diego Colón. Los dominicos tenían fama de ser grandes predicadores. Sin embargo, el sermón fue un extraordinario desafío para los colonos. Fray Antonio de Montesino dijo: «Para os los dar a cognoscer [nuestros pecados contra los indios] me he sabido aquí, yo que soy voz de Cristo en el desierto desta isla, y por tanto, conviene que con atención, no cualquiera, sino con todo vuestro corazón y con todos nuestros sentidos, la oigáis; la cual será la más nueva que nunca oísteis, la más áspera y dura y más espantable y peligrosa que jamás no pensasteis oír.»

Montesino habló con tal energía que algunos de los presentes creyeron estar oyendo ya la voz del Juicio Final. El dominico prosiguió en estos términos: «Esta voz, dijo él, que todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas? [...] ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin dadles de comer ni curallos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y

por mejor decir, los matáis, por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué cuidado tenéis de quien los doctrine, y conozcan a su Dios y criador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? ¿Estos, no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos? Tened por cierto, que en el estado que estáis no os podéis más salvar que los moros o turcos"

Fray Montesino salió entonces de la iglesia con orgullo, con «la cabeza no muy baja» y dejando a los colonos atónitos. Nunca se habían parado a pensar demasiado en los indios que estaban a su cargo ni creían estar haciendo nada malo con ellos. Varios destacados colonos (cabe imaginar que entre ellos estuvieron Diego de Alvarado, el secretario de Colón, Rodrigo de Moscoso, Juan Mosquera, Juan de Villoria y Pedro de Atienza, por mencionar a algunos de los más ricos encomenderos) fueron a ver al gobernador para pedirle que el predicador fuese castigado por escandalizar o propagador de una nueva doctrina...